

des que recorrían las montañas de que se apoderaban. Sus tendencias invasoras fueron contenidas por la guarnición zapoteca, establecida donde ahora se encuentra la Villa Alta, cabecera del distrito de su nombre. Suposición en el Estado parece indicar que llegaron por el Golfo y continuaron su marcha hasta el Istmo de Tehuantepec, donde fueron encontrados por los huaves, al llegar éstos de las regiones del Sur. Les abandonaron las llanuras y se replegaron en las montañas del Noreste del Estado, donde los encontramos hasta el día.

Muy poco también sabemos de su historia, y lo más notable es el relato, que tiene mucho de legendario, de las proezas de su caudillo CONDOY. Si del tracio Orfeo se cuenta que con los sonos de su lira suspendía las ondulaciones de los mares y amansaba las fieras, para significar que redujo á los tracios á la vida civil, los mixes, para pintar las proezas militares del que los condujo á la lucha contra los zapotecas, referían una leyenda análoga. Según los mixes, el gran Condoy era tan terrible y poderoso, que á su paso se inclinaban hasta los peñascos para tributarle homenaje: no había tenido ascendientes: había aparecido en el seno de aquella nación en la plenitud de la edad. Era su residencia *Totontepec*: no contaba en sus incursiones guerreras ni un solo vencimiento; y temerosos de él los zapotecas y mixtecas, se unieron con un pacto de alianza para destruirle. Sabedor Condoy de tan formidable liga, subió con los suyos al Zempoaltepec, la más alta de las montañas de Oaxaca, desde cuya hermosísima cumbre, casi siempre rodeada de nieblas, se miran en los días serenos y luminosos los dos Océanos. Los ejércitos coligados cercaron el Zempoaltepec; pero, en vez de asaltarle, prendieronle fuego por todos sus flancos, le envolvieron en un círculo de llamas, y en todo el derredor de la gran

montaña, abrazada por el fuego, las fieras corrían hacia la cumbre, mezclándose con los mixes, abrigándose con ellos en las eminencias y las cuevas, y después de que toda la vegetación fué consumida por el incendio, sin que perecieran ni Condoy ni su ejército, sus enemigos huyeron sin haber hecho otra cosa que el darse á sí mismos el espectáculo grandioso, pero salvaje de una inmensa pira en la soledad de aquellas montañas; y desde entonces zapotecas y mixes se odiaron de muerte, y en multitud de encuentros, de que apenas queda memoria, medían su valor y sus armas con tan varia fortuna como inútiles resultados.

Hablan los mixes una lengua que el Sr. Orozco no creyó poder clasificar y que sin duda alguna no puede ser afiliada á la familia mixteco-zapoteca; pero sus afinidades y sus semejanzas morfológicas y de estructura con el zoque permiten afirmar que el zoque y el mixe son lenguas hermanas que tomaron su origen probablemente de otra lengua más antigua y se fueron modificando bajo distintas influencias etnográficas, hasta quedar en el estado que han tenido durante trescientos años.

Alguien que de los mixes ha tratado los describió como raza degradada, de aspecto repugnante y de la más grosera barbarie. Eso no es verdad. Son los mixes, como un gran número de nuestros indígenas, un pueblo semisalvaje, pero distan mucho de ser una raza degradada. Por el contrario: altos, erguidos, fuertes, se asemejan más á las hermosas razas primitivas: muchos de ellos son de color blanco y tienen ojos azules. Entre las mujeres, principalmente, se encuentran tipos hermosos que, si se cubrieran con las vestes y las galas de nuestras sociedades cultas y elegantes, podrían figurar por su belleza y su porte en los más distinguidos salones. Ciertó que hay en ellos,

á lo menos por lo común, pusilanimidad, pero este es un defecto de la tutela á que, como todas las otras razas, fueron reducidos; mas edúqueselos, despiértese en ellos la conciencia del derecho, avívese el sentimiento de la dignidad humana, que no está muerto sino sólo adormecido en su corazón, y los hombres de esa raza podrán figurar al lado de otra cualquiera, de la que se estime superior entre todas las de la República. No sé por qué la tribu mixe ha sido tan calumniada. No ha faltado quien haya creído que el mixe es el idioma de que el señor Lorenzana dijo: «que solamente se entiende de día, porque cada palabra va acompañada de algunos gestos que no pueden percibirse cuando falta la luz;» lo que haría de la lengua AYOOK un idioma pantomímico que algún darwinista se permitiría clasificar como necesario intermedio entre el lenguaje de las bestias y el lenguaje de los hombres. Ni ha faltado tampoco quien impute á los mixes, ora la monstruosa superstición de los humanos sacrificios, ora el inmundito abominable canibalismo; pero tales imputaciones, creíbles para el vulgo, no pueden ser vistas sino como calumnias por quien haya tenido la fortuna de conocer á los mixes de cerca, de vivir entre ellos, de estudiar su lengua reducida á gramática por el sabio Fr. Agustín Quintana, el primero que en su obra «La instrucción cristiana y guía de ignorantes para el cielo, en lengua mixe, precedida de un tratado sobre el modo de hablar la lengua dicha,» fijó lo fundamental de su gramática, de la cual ha escrito en nuestros días un distinguido oaxaqueño, de los pocos que se complacen en el estudio de la lingüística y de la etnología nacional. (14)

En cuanto á la procedencia de los mixes, parece evidente por su aspecto, sus hábitos y sus cos-

(14) Me refiero á la obra citada en la precedente nota.

tumbres, que son de las regiones septentrionales de Europa, y así lo afirma también un sabio historiador, que hace observar el hecho de que, según se asegura en la ciudad de Oaxaca, como cosa cierta, algunos extranjeros dálmatas ó polacos entienden á los mixes. (15)

Con gusto me detendría, hablándoos muy largamente de todas las cosas pertenecientes á esta raza que me inspira una simpatía profunda; pero me es imposible, porque otros importantísimos puntos todavía reclaman mi atención.

Para cerrar la enumeración de las razas que hay en Oaxaca, sólo me resta mencionar á los chinantecas establecidos al Norte del Estado donde ocupan una vasta comarca. Algunos autores creen hallar afinidades entre éstos y los chontales; y las hay, en efecto, si atendemos á la rudeza de sus costumbres y á lo áspero, vago y primitivo de su lengua. Poco ó nada sabemos de ese idioma cuyas consonantes se convierten casi todas en dentales y cuyas vocales no tienen sonido fijo. Sus articulaciones son ásperas y su vocabulario pobre, reflejándose en él la condición salvaje de aquella raza.

Algo podría deciros, si no se hubieran perdido las obras del P. Sarabia que de ellos escribió. Su «Relación del natural, condición y costumbres, conversión y reducción de los indios chinantecas,» que permanecía inédita en el convento de Santo Domingo de Oaxaca y que se perdió en los días de la excomunión, nos daría acerca de la Chinantla y de sus habitantes, preciosísimos datos; y no obstante el carácter inculto de su lengua, el mismo P. Sarabia pudo escribir en ella un catecismo chinanteca y un homiliario chinanteca, preciosas joyas filológicas perdidas en

(15) Gay. Historia de Oaxaca tom. 1º cap. 2º al fin.

aquella gran catástrofe en que desaparecieron tantas riquezas.

Tales son, señores, las razas y las comarcas habitadas por ellas en el Estado de Oaxaca. Mucho más tendría que decir de todas y cada una, pero no es posible; y tengo que conformarme con mostrar á vuestros ojos este cuadro, en que, si faltan pormenores y líneas, me he esforzado porque no falte parte ninguna de las que forman el conjunto etnográfico de aquel Estado, que si tuvo en los tiempos precolombinos pueblos cultos, como los zapotecas y los mixtecas, los tuvo también salvajes como los chinantecas y chontales.

Mas con ser tantas estas razas, tan distintos sus orígenes, tan varias sus costumbres y tan diversos algunos de sus idiomas, no son, sin embargo, refractarias á la civilización, ni incapaces de la más elevada cultura, ni poco aptas para grandes heroísmos y empresas gigantescas. Por el contrario, puede afirmarse y demostrarse la absoluta aptitud de todas ellas para la civilización y la cultura, ó, para usar de los términos en que está concebido el tema que estoy tratando, su «homogeneidad por la enseñanza pública y la acción de los gobiernos.» Bajo la del gobierno colonial, durante la dominación española, como bajo la del gobierno del Estado durante el período que va transcurrido desde la independencia, hombres de aquellas razas han sobresalido, como los de raza criolla, como los de raza europea, en las artes, en las ciencias, en los altos puestos eclesiásticos ó civiles, mostrando en todas esas alturas cuánto pueden sobre aquellas razas la educación, la enseñanza pública, la acción benéfica de los gobiernos, cuando proveen á esa enseñanza y educación.

Prescindiendo por el todo de cuanto en su historia anterior á la conquista pudiera ser demostrativo

de esta tesis; dejando á un lado la pureza de las costumbres en muchas de aquellas razas, principalmente entre los mixtecas; pasando en silencio muchos rasgos nobilísimos de altas virtudes que todavía pueden ser ejemplares hasta para nosotros que vivimos en avanzada civilización; dejando en el olvido los conocimientos científicos y artísticos de aquellos pueblos, especialmente el calendario zapoteca, que poco difería del azteca, tan celebrado por los sabios; poniendo aparte todo eso y fijándonos solamente en la historia posterior á la conquista de México, encontramos numerosísimas pruebas de la capacidad de todas aquellas razas para amoldarse á la civilización; de la influencia benéfica y provechosa que la enseñanza pública ejerce sobre ellas y de la facilidad con que no por servilismo, ni por bajeza, ni por apatía, sino porque fácilmente germina en ellas el amor al orden y á la civilización, se someten á la acción de los gobiernos; y entonces, colocadas en ambiente de cultura y senda de progreso, saben levantarse á las alturas mismas de la gloria.

Todo esto se desprenderá de cuanto voy á decir, aunque tengo que limitar mucho mi exposición.

Y no extrañéis, señores, que al tratar este punto, os hable de frailes, de sacerdotes y de obispos, porque ellos fueron, en la realidad de las cosas, quienes llevaron con sus hechos los tres siglos de la dominación española, lo mismo en Oaxaca que en la nación entera; lo mismo que en la nación, en toda la América Española. Ellos salvaron las razas aborígenes, que desaparecieron del todo en las regiones en que no hubo frailes ni obispos que las defendieran; verdad reconocida y proclamada en estos mismos días nuestros, lo mismo por el católico García Icazbalceta, que por un arqueólogo racionalista y liberal y por un orador liberal y positivista á quienes no necesito nom-

brar aquí, porque están vivos todavía y vosotros todos los conocéis muy bien. (16)

Felizmente, no me hallo en esta Sociedad sobre la candente arena de los partidos, donde se queman las plantas de los piés, ni envuelto en la atmósfera abrasada en que se respira fuego de ardientes pasiones, sino en el recinto de la ciencia, sereno y tranquilo, donde resuena la voz de las convicciones sinceras; y por eso cuento, no con vuestra tolerancia, que esa es solamente para el mal, sino con vuestro amor incondicional á la verdad, y con vuestro respeto, también incondicional, á la historia, amor á la verdad y respeto á la historia que abrigo en mi corazón y que me complace en reconocer en el vuestro.

Pues bien, señores: esa historia nos cuenta, mostrándonos la aptitud de las razas indígenas para la civilización, cómo aun las que vivían, en los tiempos precolombinos, fuera de un estado propiamente civil, se sometieron y le formaron, no al golpe de la espada de los conquistadores, sino por la convicción, que llevaron á su espíritu los misioneros, de que los hombres deben vivir en sociedad civil. Una de aquellas tribus, salvaje y casi nómada, era la de los mixes. En aquellas épocas andaban dispersos por las montañas, haciendo de las grutas sus habitaciones, viviendo de la caza y de la agricultura, sin más artes que las salvajes de la guerra primitiva, sin más religión que unas cuantas nociones vagas, solos y aislados en medio de la feraz naturaleza de la región á que limitaron

(16) Se alude en este pasaje á los Sres. Don Alfredo Chavero y Don Justo Sierra, que han hecho á ese respecto, notabilísimas afirmaciones; el primero, en «México á través de los siglos», tomo 1.º, y el segundo, en su «Manual de historia para la enseñanza preparatoria y normal.»

sus incursiones, obligados á mantenerse dentro de ella por las razas que los rodeaban.

Pero llegaron los misioneros.

Uno de los más ilustres y abnegados, el heroico Fr. Pedro Guerrero, toma sobre sí la obra apostólica, á la par que civilizadora, de convertir á los mixes. Provisto de su báculo de viaje, se dirige á Villa Alta, cabecera hoy de uno de los Distritos del Estado, y que formaba entonces uno de los límites de los dominios mixes. Con aquella maravillosa facilidad con que los misioneros aprendían las lenguas indígenas, aprende en seis meses la ayook; se interna luego en el territorio de los valientes indios, hasta entonces indómitos; les habla en su propia lengua; les presenta el ejemplo de la más irreprehensible virtud, y los mixes, atraídos por el prestigio de aquella inmaculada vida, le rodean; se asombran de oírle hablar su lenguaje. Él les anuncia la buena nueva de que era celosísimo apóstol; y “un poco después, según la frase de un historiador, como alumbrados súbitamente por un rayo de luz del cielo, en masa fueron al sacerdote, pidiendo las aguas del bautismo.”

Imposible presentar en breves líneas los trabajos de Fr. Pedro Guerrero: su obra fué inmensa, aun cuando solamente nos fijáramos en lo que hizo entre los mixes, prescindiendo de sus trabajos entre los chinantecas y chontales. Baste decir que hizo conversiones innumerables; él fué, en realidad, quien organizó á aquellas tribus en sociedad civil. Erigió 160 templos en otros tantos pueblós, de los cuales la mayor parte fueron obra suya; es decir, él los fundó, persuadiendo con su fecunda y poderosa palabra á aquellas indisciplinadas tribus á que se redujeran á la vida civil. Ni se conformó sólo con esto: les enseñó, dice un historiador, urbanidad, policía y algunas artes, entre ellas, á tejer mantas y á vestirse: les enseñó á formar

memorias y padrónes, y les hizo mil otros beneficios.

Algo análogo á lo que el P. Guerrero hizo entre los mixes, hicieron también entre los chontales Fr. Diego Carranza y Fr. Mateo Daroca. Carranza, durante más de medio año, permaneció en tierras de los chontales, sin más alimento que raíces y yerbas, y de tarde en tarde tortillas y pimientos, porque los indios huían de él: sólo se le acercaba uno que otro, á los cuales nada pedía y antes solía curarlos en sus enfermedades, hasta que al fin logró que se le llegaran los demás: los redujo entonces á la vida social, formó pueblos, erigió templos, construyó chozas y en el idioma chontal escribió instrucciones religiosas, sermones y devocionarios; y de tal suerte era su influencia la que los mantenía reunidos, que, muerto el caritativo fraile, desampararon los pueblos y volvieron otra vez á sus barrancas y á sus grutas, hasta que tras inútiles esfuerzos, por parte de los partes Grijelmo, Serrano, y Portocarrero, Daroca volvió de nuevo á congregarlos en los lugares mismos, donde los había reunido Carranza. Daroca, según cuentan los historiadores, aunque español, era muy semejante á los chontales, más que en su aspecto físico, en sus calidades morales; alto, delgado, de color cetrino, amigo de la soledad, poco tratable, y de escasas palabras, aquel fraile se hizo amar de los chontales por las semejanzas de su carácter: los doctrinó, los redujo á la vida civil, les enseñó el cultivo de la grana; y los chontales y sus pueblos sufrieron una transformación profunda.

Y lo que demuestran los pueblos, lo demuestran también los individuos. Pasan en la historia de Oaxaca muchos indios llevando sobre sus sienes la corona de la gloria. Os señalaré algunos de los más notables, cuyas sombras me parece que se agrupan en derredor de esta tribuna, ansiosas de que su nombre resuene

aquí, para mostrar la alteza nobilísima de su raza y lo que puede esperarse cuando la enseñanza pública los ilustre y la acción de los gobiernos les abra horizontes más vastos de cultura y civilización.

Poco más de medio siglo después de establecido en Oaxaca el dominio español, por una serie de sucesos que sería largo enumerar, pero que se reducen substancialmente á la ardiente lucha sostenida entre los opresores de los indios y sus defensores, entre los encomenderos y los frailes, los reyes de España despacharon algunas cédulas, en que ordenaron que las doctrinas, es decir, las parroquias se fueran quitando á los frailes y encomendando al clero secular. En aquella sazón, la de Huitzo era administrada por los frailes de Santo Domingo; y como supiesen los indios que iba á ser entregada al clero secular, formularon una exposición en zapoteco, que se conserva todavía, con la cual obtuvieron que la parroquia continuara á cargo de los Dominicos.

Alentados por ese triunfo y por otros que alcanzaron en los tribunales, los indígenas cobraron gran afición al arte de litigar y asiduos se consagraron, no en los colegios, sino por sí solos, al estudio del derecho, logrando en este importantísimo ramo de la humana ciencia, conocimientos nada vulgares.

Muchos de cierto que no deben de haber pasado de esa clase que llamamos hoy tinterillos y que el señor Juárez en una ley célebre calificaba de «polilla de la sociedad;» pero otros alcanzaron conocimientos bastantes que les habrían abierto con un título honroso la carrera del foro; esta carrera nobilísima que, cuando se ejerce á ciencia y conciencia, se convierte en verdadero culto de la justicia y de la ley. Alcanzó, sin duda, tales conocimientos un descendiente de los caciques de aquella tierra, cacique él mismo, Don Cristobal de la Cueva, hombre de profunda hon-

radez y de clarísimo ingenio, que se entregó al estudio del derecho, no por el vil interés de las especulaciones, sino impelido por el amor á los hombres de su raza, cuyos derechos miraba conculcados por la cruel soberbia y la brutal avaricia de los dominadores. Estudiaba la Curia Filípica, la célebre obra de Palomares y otros tratados, ya elementales, ya magistrales, de los que á la sazón se hallaban en boga; y tantas eran su ciencia y su energía, que los alcaldes mayores y los españoles, encargados de administrar la justicia, le respetaban y temían. Fué en muchos casos oráculo en el foro; su sabiduría era consultada desde lejanas tierras; y sin haber pisado los colegios ni sentándose en las aulas de las universidades, sin otra guía que su aplicación y su criterio, aquel indio, muerto en el segundo tercio del siglo XVII, dejó de sí una memoria tan honrosa como distinguida, que envidiarían, por cierto, muchos de los que, ostentando pomposamente un título, se encuentran tan vacíos de ciencia como llenos de culpas y cuya memoria no les sobrevive sino que presto cae en la profunda sima del olvido, destino de las vulgares medianías.

De ese siglo XVII en que murió el ilustre jurista, mucho hay que decir. Todavía está por hacer la bibliografía oaxaqueña, para la cual no escasean materiales en muchos de los libros impresos; y si no he de bosquejarla aquí, porque mi objeto me obliga á dejar preteridas multitud de obras, algunas de no escaso valer y que alcanzaron aplausos en Europa, mereciendo hasta los honores, á pocas concedidos, de la reproducción, no debo dejar en olvido el nombre de Fr. Martín Jiménez, que fué ministro de los chochos. Compuso en los idiomas chocho y mixteco dramas sagrados que se representaban en algunas festividades y escribió también un «Curso de Artes ó Filosofía Tomística» que se perdió, como mil otros

tesoros, en los turbados días de la exclaustación

No dejaré tampoco en el silencio el nombre de Fr. Francisco Dávila, que, además de haber sido muy perito en la música sagrada, fué muy notable como orador, y dejó en Puebla y en esta ciudad de México alta fama de su elocuencia. Ignoro si era indio de raza pura; pero es indudable que vió la primera luz en Villa Alta, y de todos los nacidos bajo el cielo de Oaxaca, fué el primero que alcanzó el honor de llevar sobre su cabeza la borla doctoral; alto honor conquistado en aquella Real y Pontificia Universidad Mexicana, cuyas grandes glorias no podrán apagar jamás ni el odio ni el olvido. No omitiré tampoco mencionar á Fr. Juan Mijangos, nacido en la ciudad de Oaxaca, que también logró la honra de sentarse en el claustro de la Universidad de México, autor de dos obras morales, y al oaxaqueño Fr. Pedro de la Cueva, que escribió un «Arte de gramática de la lengua zapoteca.»

Digno es igualmente de nuestro recuerdo el oaxaqueño Fr. José Calderón. Muy joven aún, hizo sus estudios en la Universidad de México, y graduado ya, volvió á Oaxaca, siendo allí párroco de Teozacoalco y de Juquila. En vísperas de entrar al Cabildo de aquella Catedral, renunció al mundo y abrazó la regla de Santo Domingo. Brotó de sus manos un tratado de Filosofía que desgraciadamente quedó inédito.

Si de éstos que acabo de mencionar no me consta hayan sido indios, y por eso, tal vez no debiera nombrarlos en este recuento de los más notables, sí entra en él con plenísimo derecho el indígena Juan Matías indio puro, natural de Zoapeche, y que, según la frase de Burgoa, «redujo el canto de órgano á un círculo armónico admirable.» Cuéntase de él que tocaba todos los instrumentos y era compositor notable. Cuantos le conocieron le admiraron: fué maestro de capilla de la Catedral de Oaxaca durante quince años, y se le

atribuyen los libros corales, que son, en sentir de los inteligentes, una obra maestra. Como Juan Matías, á quien las circunstancias fueron propicias hasta el punto de hacer perpetuo su nombre en la historia de nuestras artes, ha habido en Oaxaca otros muchos talentos músicos; pero han quedado oscurecidos: apenas han dado de sí levísimos destellos.

La gran figura de ese siglo XVII, en la historia de Oaxaca, es la del primer indio de las razas mexicanas, elevado á la dignidad episcopal: Nicolás del Puerto. Era de raza pura y nació en el pueblo de Santa Catarina Minas, á nueve leguas de la capital del Estado, hácia el Sur. Muy joven vino á México é ingresó al Colegio de San Ildefonso por su talento privilegiado y por sus elevadas cualidades. Cuéntase que en una conferencia á que asistió el Ilmo. Sr. Obispo Montaña, le elogió diciendo: «Este será grande en los tiempos venideros: yo tuve la dicha de oírlo, pero no tendré la ventura de verlo:» y fué grande, en efecto. De San Ildefonso, pasó á la Universidad, donde obtuvo el grado de doctor en Cánones. Fué más tarde abogado de la Real Audiencia y Canónigo Doctoral de la Iglesia Metropolitana, honor que se ganó en oposición lucidísima; y debió la mitra de Oaxaca al hecho de haber elevado al Real Tribunal de España una erudita disertación acerca de las Bulas de la Santa Cruzada. Una vez Obispo de Oaxaca, se distinguió como protector de las ciencias y de la enseñanza; mejoró mucho; ampliando los estudios, según los programas de aquellos tiempos, el Seminario Conciliar que había fundado su ilustre predecesor, ese Seminario, señores, por el que hemos pasado tantos oaxaqueños; y fundó la biblioteca de aquel establecimiento, de que apenas quedan restos hoy. Breve fué su episcopado; y cuando se preparaba para visitar su diócesis con el pensamiento de establecer una escuela en cada parroquia, segó la muerte aquella preciosa vida.

En los últimos años de ese mismo siglo, nació en Oaxaca el célebre Lizardi, que ignoro si era indio. Me inclino á creer que no; y por eso, me conformo con sólo mencionar su nombre, agregando tan solo, que en la ciencia fué tan eminente que sustentó un acto de 48 títulos y por la virtud y austeridad de su vida y por su apartamiento del mundo, mereció el renombre de *segundo Gregorio López*.

En el siglo subsecuente florecieron, entre muchos, algunos ilustres sabios que, por haber escrito de nuestras lenguas indígenas, bien merecen de nosotros honroso recuerdo. Fr. Fernando Bejarano dejó un vocabulario del idioma mixe; Fr. Agustín Quintana, un tratado que, aunque breve, sirve aún de guía en el estudio de esa lengua, y Fr. Alonso Camacho, gran maestro en lengua zapoteca, un sabio «Tratado de los siete sacramentos;» y aunque no trató de lenguas indígenas, mencionaré aquí al ilustre Padre Ignacio Ordóñez, que bajo el cristiano título de «Arte de enriquecer el cielo,» escribió un elogio fúnebre de aquel gran benefactor de Oaxaca, D. Manuel Fernández de Fiallo, que llevó á todas las clases sociales su munificencia generosa. Si tuvo en la obra del Padre Ordóñez un elogio fúnebre, «fueron su mejor panegírico, según la frase del historiador Gay, los suspiros y las lágrimas de innumerables pobres.»

Pero la mayor gloria en los anales oaxaqueños, durante el siglo XVIII, es la de un indio de raza pura que mostró, y de una manera soberana, cómo en los hombres de aquellas razas también suele haber gran capacidad para las artes. Me refiero al pintor Miguel Cabrera.

Sea que haya nacido en la ciudad de Oaxaca, como lo afirmó él en su testamento, sea que haya nacido en Tlalixtac, como lo asegura una tradición muy antigua, es indudable que era oaxaqueño é indio zapoteco.